

cabeza no cae algunas veces y permanece mutilada en el remate truncado. Esta singularidad no es rara. La Roque-au-Diable en Guernesey y la Table en el valle de Amxeiler ofrecen condiciones las más sorprendentes de este extraño enigma geológico.

Probablemente le habria sucedido algo parecido á esto al Douvre mayor.

Si la prominencia que se divisaba en la meseta no era una joroba natural de la piedra, tenia que ser el fragmento restante del remate arruinado. Quizás hubiera en aquel pedazo de roca una excavacion, y un agujero donde meterse era lo que Gilliatt necesitaba.

Pero cómo subir hasta la meseta? ¿Cómo ascender por aquella pared vertical, cubierta de una superficie viscosa y que presentaba la apariencia resbaladiza de una superficie enjabonada? Lo menos habia treinta piés de altura desde la cubierta de la *Duranda* hasta la excrecencia de la meseta.

Gilliatt sacó de una caja de herramientas la cuerda de nudos; se la arrolló alrededor de la cintura y empezó á escalar la Douvre menor. A medida que ascendia, la ascension era más difícil. Se olvidó de quitarse los zapatos y este olvido le aumentaba más la dificultad. Con gran trabajo logró subir hasta la punta y al llegar allí se puso derecho. Era tan estrecha, que apenas tenia espacio para poner los piés. No le podia servir de alojamiento.

La Douvre menor se encorva hácia la mayor, de tal modo, que desde lejos parece que la saluda, y el intervalo de los dos Douvres, que aparecia desde bajo ser de unos veinte piés, de arriba no era más que de unos nueve.

Desde la punta donde estaba encaramado Gilliat vió más claro el tumor pétreo que cubria en parte la plataforma de la Douvre mayor. Dicha plataforma se levantaba más de tres toesas sobre su cabeza: de ella le separaba un precipicio.

La escarpadura de la Douvre menor, cortada á plomo, desaparecia debajo de él.

Gilliatt se desató de la cintura la cuerda de nudos, midió la distancia rápidamente con la mirada y arrojó el garfio de la cuerda á la plataforma. El garfio arañó la roca sin hacer presa. La cuerda de nudos con su garfio á la extremidad cayó á los piés de Gilliatt, á lo largo de la Douvre menor.

Gilliatt repitió la misma operacion,

arrojando la cuerda más lejos, apuntando á la protuberancia granítica en la que distinguia grietas y estrias. La arrojó con tal tino, que el garfio se clavó allí.

Gilliatt tiró de la cuerda; la roca se rompió y la cuerda volvió á caer en el escarpe á sus piés.

Por tercera vez Gilliatt echó la cuerda; volvió á tirar y el garfio no cayó. El garfio estaba anclado. Sin duda estaba detenido en alguna fragosidad de la meseta que Gilliatt no podia ver.

Comprendió que era necesario confiar la vida á aquel sustentáculo desconocido, y Gilliatt no vaciló.

Todo le apremiaba. Era preciso ganar tiempo; además, volver á bajar á la cubierta de la *Duranda* para recurrir á otro procedimiento casi era imposible. Lo probable era resbalar y caer.

Como todos los buenos marinos, Gilliatt tenia movimientos de precision. No malgastaba sus fuerzas. Solo hacia esfuerzos proporcionados, y esto explica los prodigios de vigor que ejecutaba con músculos ordinarios; á la fuerza, que es física, añadia la energía, que es moral.

El acto que iba á ejecutar era peligroso.

Quería franquear, colgado de una cuerda, el intervalo que separaba á los dos peñascos.

Como última prueba, Gilliatt tiró otra vez de la cuerda; el garfio no se movió.

Entonces se envolvió la mano izquierda con el pañuelo, cogió con la derecha la cuerda, poniendo encima de ella la mano izquierda; despues avanzó un pié hácia adelante, y con el otro pié, empujando enérgicamente la roca, con la idea de que el vigor de la impulsión impidiese á la cuerda la rotacion, se precipitó desde lo alto del Douvre menor hácia la escarpadura del otro.

El choque fué violento.

A pesar de la precaucion de Gilliatt, la cuerda giró y él chocó de espaldas contra la roca.

Dió entonces un rebote y sus manos chocaron contra la roca, que quitándole el pañuelo las despellejó; gracias que no se las hizo pedazos.

Permaneció un instante atontado y suspendido, pero fué bastante dueño de sí mismo para no soltar la cuerda.

Medió algun tiempo de oscilaciones y de sobresaltos antes de que pudiese coger la cuerda con los piés, pero al fin lo consiguió. Cogiendo la cuerda con los

piés y con las manos al mismo tiempo, miró hácia abajo.

No le inquietaba la longitud de la cuerda, que le habia servido más de una vez para escalar mayores alturas. En efecto, la cuerda se arrastraba sobre el puente de la *Duranda*. Seguro entonces ya Gilliatt de poder bajar, empezó á encaramarse.

En pocos instantes llegó á la meseta.

Nunca sér alguno sin alas habia puesto allí los piés. La meseta estaba llena de excremento de aves. Era la meseta un trapecio irregular, era la rotura de aquel colosal prisma granítico que se llama la Douvre mayor. El centro del trapecio, minado por las lluvias, estaba hueco como una cubeta.

Gilliatt habia hecho justas apreciaciones. En el ángulo meridional del trapecio se veian pedruscos sobrepuestos, que probablemente serian los escombros del hundimiento del remate de aquel escollo. Los pedruscos, que formaban un monton de losas desmedidas, hubieran podido servir á un animal salvaje, que se hubiera descarriado allí, de escudo, para deslizarse por entre ellos. Se equilibraban unos á otros, ofreciendo los intersticios que se encuentran en un monton de cascote. No formaban gruta, ni antro, sino agujeros, lo mismo que una esponja. En cualquiera de esos agujeros cabia Gilliatt. En todos ellos se veia un fondo de yerba y de musgo; Gilliatt podia meterse allí como en un estuche; la entrada de la guarida tenia dos piés de altura y se iba estrechando hácia el fondo. Hay sepulturas de piedra de la misma forma.

Gilliatt acababa de resolver sus dos problemas; encontró puerto para el barco y habitacion para él. Su habitacion tenia la ventaja de estar al alcance del buque perdido.

El garfio de la cuerda de nudos, que cayó entre dos peñas, estaba sólidamente enganchado. Gilliatt lo inmovilizó poniéndole encima una piedra enorme.

Despues se dedicó á pensar exclusivamente en la *Duranda*.

Desde entonces, la Douvre mayor iba á ser su casa y la *Duranda* su almacen. Ir y venir, subir y bajar, era ya para él muy sencillo.

Se deslizó por la cuerda de nudos hasta la cubierta del buque deshecho.

Habia aprovechado bien el dia; estaba contento y satisfecho de sí mismo, y se apercebía de que tenia hambre.

Abrió la cesta de provisiones, echó

mano de la navaja, cortó un buen pedazo de tasajo, que se comió con un buen pedazo de pan, y bebió un trago de agua: cenó admirablemente.

Hacer bien y comer bien son dos alegrías. El estómago lleno tiene algun parecido con la conciencia satisfecha.

Cuando terminó de cenar todavia quedaba luz del dia, que la aprovechó para empezar á aligerar el buque naufragado, que era operacion urgente.

Gilliatt habia pasado parte del dia escogiendo los escombros. En el compartimiento sólido donde se hallaba la máquina metió todo lo que podia servirle, madera, hierro, cordaje, lona; todo lo inútil lo echó al mar.

Tenia que embarazarle, por reducido que fuese, el cargamento de un barco, izado á la cubierta de la *Duranda* por medio del cabrestante. Gilliatt se fijó en la especie de nicho abierto en el muro de la Douvre menor, á una altura que podia alcanzar su mano. Se ven con frecuencia en las rocas esas alacenas naturales, si bien tienen el inconveniente de que no se pueden cerrar. Creyó que podia confiar á aquel nicho su depósito, y le entregó sus dos cajas, la de herramientas y la de ropa, y sus dos sacos, el de centeno y el de galleta, que los metió en el fondo, y puso en la parte anterior la cesta de provisiones, quizá demasiado cerca de la orilla, pero ya no le quedaba más sitio.

Sacó de la caja en que guardaba la ropa la piel de carnero, el capote con capucha y las polainas embreadas.

Para impedir que la cuerda de nudos tomase viento, ató su extremidad inferior á una puerca de la *Duranda*. Como la *Duranda* tenia mucha comba, la puerca estaba muy encorvada y sujetaba la cuerda lo mismo que una puerta cerrada. Le faltaba sujetar á ésta por el cabo superior; por abajo estaba bien amarrada, pero en la cumbre de la escarpadura, en el punto en que la cuerda rozaba con el borde de la plataforma, era de temer que éste la fuese cortando poco á poco con el roce.

Gilliatt escarbó el monton de escombros que tenia de reserva, cogió algunos pingajos de lona, y de pedazos de cable viejos sacó algunos hilos, que se metió en el bolsillo.

Cualquier marino comprenderia que con los pedazos de lona y con los hilos pensaba forrar el pliegue de la cuerda de nudos que rozaba con las rocas para evitar una averia.

Provisto ya de trapos viejos, se puso las polainas, se echó encima del chaqueton el capote, dejando caer la capucha sobre la gorra; ciñóse al cuello la piel de carnero, y así equipado, cogió la cuerda, fuertemente fijada para lo sucesivo al flanco de la Douvre mayor, y subió al asalto á aquella sombría torre del mar.

Gilliatt llegó á la meseta en muy poco tiempo, á pesar de tener lastimadas las manos.

Se extinguían ya los últimos resplandores del sol poniente. En el mar era ya de noche, pero en lo alto del escollo quedaba algo de claridad, que la aprovechó Gilliatt para torrar la cuerda de nudos, aplicándole una porción de vendajes de lona sobrepuesta, que ató con bramantes. Terminada esta operación, Gilliatt, que estaba agachado, se levantó.

Mientras vendaba la cuerda, percibía confusamente en el aire estremecimiento singular. Parecía en el silencio del crepúsculo semejante aquel ruido al sacudimiento de alas de un murciélago inmenso.

Gilliatt levantó la vista.

Un círculo negro giraba sobre su cabeza en el cielo blanquecino del crepúsculo. Círculos parecidos se ven en los cuadros antiguos orlando la cabeza de los santos, pero son de oro sobre fondo sombrío, y el que giraba encima de la cabeza de Gilliatt era oscuro sobre fondo claro.

Hubiérase creído que aquello era la aureola nocturna de la Douvre mayor. El círculo se aproximaba á Gilliatt, luego se alejaba, se disminuía y se ensanchaba.

Lo constituía una nube de aves marítimas, de gaviotas, de mofetas, de alciones, de cuervos marinos, que estaban asombrados.

La Douvre mayor quizá sería el albergue donde se retiraban á pasar la noche.

Gilliatt buscó allí dormitorio y les incomodaba el inesperado huésped. No habían visto nunca un hombre allí.

Volaron azoradas durante algun tiempo, como si aguardaran que Gilliatt se fuese. Reflexivo éste, seguía el vuelo con la mirada.

Aquel torbellino volador concluyó por decidirse; de repente el círculo se deshizo en espiral, y la nube de aves marítimas, dirigiéndose al otro extremo del escollo, cayó sobre el *Hombre*.

Allí, al parecer, se juntaron para deliberar.

Cuando Gilliatt se tendió dentro del estuche de granito y se puso una piedra por almohada, oyó durante algun tiempo los graznidos de las diferentes aves que estaban en consulta.

Después callaron y nada más se oyó; las aves dormían en el peñasco y Gilliatt dentro del estuche.

### VIII.

Importuna que volueres.

Gilliatt durmió bien, aunque el frío le despertaba de vez en cuando. Colocó los pies en el fondo y la cabeza en la entrada, pero no tuvo cuidado de quitar antes de la cama multitud de piedrecillas cortantes, que le impidieron dormir seguido.

De vez en cuando entreabría los ojos.

De vez en cuando oía detonaciones profundas, que las producía la marea creciente, que entraba en los huecos del escollo con un ruido semejante á cañonazos.

El sitio en que se encontraba era á propósito para lo extraordinario de la vision; las quimeras se agitaban alrededor de Gilliatt, sugeridas por la influencia de la noche á la imaginación al verse sumergida en lo imposible; creía soñar.

Después volvía á dormirse, y soñando realmente creía encontrarse en el Bú de la Calle, en las Bravées, en Saint-Sampson y oír cantar á Deruchette. Mientras dormía creía que velaba y que vivía; cuando despertaba creía soñar.

Hacia la media noche, en medio del sueño, creyó oír en el cielo confuso rumor. Era probable que se levantaba el viento. Le despertó un escalofrío que le hizo abrir los ojos y vió grandes nubes en el cenit, la luna que huía y correr en pos de ella una estrella grande. Tenía el espíritu lleno de la difusión de los sueños, que complicaban los aterradores paisajes de la noche.

Al rayar el alba estaba helado y dormía profundamente. La aparición súbita de la aurora le despertó de aquel sueño, tal vez peligroso. Su dormitorio miraba al sol saliente.

Gilliatt bostezó, se desperezó y se echó fuera del agujero medio desierto.

Poco á poco fué recobrando el senti-

miento de la realidad, y entonces exclamó:—Almorcemos.

El tiempo estaba tranquilo; el cielo frío, sereno y sin nubes; la noche las barrió del horizonte, y el sol brillaba espléndido.

Gilliatt vió empezar bien el segundo día y estaba muy contento.

Se quitó el capote y las polainas, envolviéndolos en la piel de carnero; ató el fardo con una cuerda y lo dejó en el fondo de la guarida, para preservarlo de alguna lluvia eventual.

Después se hizo la cama, esto es, quitó todas las piedrecillas y guijarros. Luego se deslizó á lo largo de la cuerda, y al llegar á la cubierta de la *Duranda*, fué á la alacena á buscar la cesta de las provisiones. Pero no la encontró. Como la dejó muy cerca del borde, el viento de la noche la echó al mar.

De este modo anunciaba el viento su intención de defenderse. Necesitó cierta voluntad y cierta malicia para ir á buscar la cesta. Gilliatt comprendió que aquello era el principio de las hostilidades.

Es difícil, cuando se vive con familiaridad con el mar caprichoso, no considerar al viento y á las rocas como personajes.

No tenía otro recurso Gilliatt que alimentarse con la galleta y la harina de centeno y con mariscos, como el naufrago que murió de hambre en el *Hombre*.

No había que pensar en la pesca. Los peces son enemigos de los choques y evitan las rompientes; los pescadores pierden el tiempo en los arrecifes, que solo sirven para hacer trizas las redes y los armadijos.

Gilliatt se desayunó con unas cuantas lapas, que despegó de las rocas con dificultad, y en esta operación casi rompió la navaja.

Mientras saboreaba este poco succulento almuerzo, oyó en el mar extraño tumulto y miró.

Vió que el enjambre de gaviotas y de alciones acababa de lanzarse sobre una de las rocas bajas, batiendo las alas, empujándose y gritando. Todo el enjambre hormigueaba estrepitosamente alrededor del mismo punto. Aquella horda con picos y con uñas saqueaba algo; este algo era la cesta de Gilliatt.

La cesta, que el viento arrojó á las rocas, se abrió al chocar contra ellas. Las aves acuáticas habían acudido y agar-

raban con sus picos piltrafas de todos tamaños.

Gilliatt reconoció desde lejos el tasajo y el stock-fiseh.

Las aves entraban en la lucha á su vez, tomando su revancha.

Gilliatt les quitó su alojamiento y ellas le quitaron sus provisiones.

### IX.

El escollo y el modo de servirse de él.

Transcurrió una semana.

Aunque era estación de lluvias no llovía, y esto regocijaba á Gilliatt.

La empresa que había acometido sobrepujaba á la fuerza humana, al menos en la apariencia, y su realización era tan inverosímil, que intentarla parecía locura.

Al empezar las operaciones es cuando mejor se ven las dificultades y los peligros. No hay como comenzar para comprender cuánto ha de costar de concluir. Todo al primer paso se resiste. El primer paso que se dá es un revelador inexorable. Cuando se toca la dificultad, pincha como una espina.

Gilliatt tuvo desde el principio que contar con el obstáculo.

Para librar del naufragio la máquina de la *Duranda*, cuyo buque estaba destruido en sus tres cuartas partes, para conseguirlo en aquel lugar y en semejante estación, se necesitaban muchos hombres, y Gilliatt estaba solo. Era necesario surtido completo de instrumentos de carpintería y de maquinaria, y Gilliatt no poseía más que una sierra, una hacha, un escoplo y un martillo; parecían indispensables un buen taller y un buen barracon, y Gilliatt no tenía ni siquiera techo bajo que guarecerse; parecían indispensables provisiones y víveres, y Gilliatt no tenía ni un pedazo de pan.

El que durante la primera semana hubiese visto á Gilliatt trabajar en el escollo no hubiera comprendido lo que intentaba hacer. Parecía que no pensaba ni en la *Duranda* ni en los Douvres. Solo se ocupaba de lo que había en las rompientes, dedicándose exclusivamente á salvar algunos restos miserables del naufragio. Se aprovechaba de las mareas bajas para despojar á los arrecifes de lo que el naufragio hizo caer en ellos. Saltaba de una roca á otra para recoger pingajos de vela, cabos de rueda, trozos de hierro, astillas de tablonés, bordajes

desfondados, vergas rotas, aquí un tirante, allí una cadena, allá una garucha.

Al mismo tiempo estudiaba todas las fragosidades del escollo. Vió con sentimiento que ninguna de ellas era habitable, porque por la noche tenía frío en su albergue, y hubiera deseado encontrar mejor habitación.

Encontró dos fragosidades bastante espaciosas, aunque en casi todas partes el corte de la roca era desigual y oblicuo; en esas dos podía estar en pie y andar. La lluvia y el viento entraban en ellas como querían, pero allí no llegaban las mareas altas. Estaban próximas á la Douvre menor, y eran accesibles á cualquier hora. Gilliatt resolvió hacer en una de ellas un almacén y en la otra una fragua.

Con los puños del grátil, tomadores, envergues y badazas que pudo recoger hizo varios fardos, formando haces con astillas y paquetes con pedazos de lona. Lo cosió todo con mucho cuidado. A medida que la marea, subiendo, levantaba los lios, él los arrastraba por encima de los arrecifes hasta su almacén. En el hueco de una roca encontró una guindaleta, con la que pudo izar hasta los mayores tablones, y con ella sacó del mar muchos pedazos de cadena que estaban esparcidos por las rocas.

Gilliatt era tenaz y muy hábil para el trabajo. Hacia cuanto quería. Nada resiste á una perseverancia de hormiga.

Al fin de la semana Gilliatt tenía en su sotechado de granito todo el informe revoltijo de la tempestad, pero ordenado. Cada despojo tenía su sitio oportuno. Todo el naufragio estaba allí clasificado y rotulado. Era aquello como si dijéramos el caos dentro de un almacén. Un pedazo de gavia, algo agujereado, que había sujetado con grandes piedras, cubría lo que la lluvia podía estropear.

A pesar de estar muy averiada la proa de la *Duranda*, Gilliatt consiguió salvar las dos serviolas con sus tres ruedas de poleas. Encontró el bauprés, cuyas trincas le costó mucho desarrollar por estar muy adheridas; sin embargo, las desarrolló, porque comprendía que el grueso bramante de que se componían le podía ser muy útil. También recogió el ancla pequeña, que estaba clavada en el hueco de un bajío, y que descubrió la marea baja. En el escondrijo de la sentina de Tangrouille encontró un pedazo de tiza y lo guardó. Podía tener necesidad de marcar algo.

Un cubo y varios toneles que halló en bastante buen estado completaban su taller.

Trasladó al almacén todo el carbon de piedra que quedaba del cargamento de la *Duranda*.

En ocho días salvó los restos del naufragio, limpió el escollo y aligeró la *Duranda*. No quedaba en el buque estropeado más que la máquina.

El trozo de bordaje de proa, que estaba roto y desprendido, no pesaba al esqueleto. Colgaba del casco sin tirar de él, porque le sostenía una prominencia de piedra. Además, era ancho y poco manejable, y hubiera ocupado todo el almacén; por eso Gilliatt lo dejó en su sitio.

Profundamente pensativo mientras trabajaba, buscó en vano la muñeca que servía de mascarón á la *Duranda*, que sin duda las olas se llevaron para no devolverla. Gilliatt por ella hubiera dado los dos brazos, á no tener tanta necesidad de ellos.

A la entrada del almacén, en la parte de fuera, puso dos montones de desechos; uno de hierro, bueno para forjarlo otra vez, y otro de madera, bueno para quemarlo.

En cuanto rayaba el alba Gilliatt estaba ya trabajando. Solo descansaba las pocas horas que se entregaba al sueño.

Las gaviotas, que volaban en todas direcciones, le veían trabajar.

## X.

### La fragua.

Terminado el almacén, Gilliatt hizo la fragua. La segunda fragosidad que escogió era como un reducto. Tuvo al principio intención de habitarla, pero el viento era allí tan continuo y tan obstinado, que le obligó á renunciar á esta idea. El soplo continuo del aire le sugirió el pensamiento de construir una fragua. Ya que la caverna no podía ser dormitorio, quiso que fuese taller. Obligar á que nos sirva el obstáculo es dar un gran paso hácia el triunfo. El viento, su enemigo capital, quiso Gilliatt convertirle en su esclavo. De las cavernas que se encuentran en ciertas rocas se puede decir lo que de algunos hombres: son á propósito para todo, pero buenos para nada; no dan lo que ofrecen. Hay hueco de roca que es una pila de baño, pero que deja escapar el agua por una

piedra; hay otro que es un aposento, pero que no tiene techo; hay otro que es un lecho de musgo, pero está mojado; hay otro que es una butaca, pero es de piedra.

La fragua que Gilliatt quería establecer estaba insinuada por la naturaleza, pero era difícil manejar aquel bosquejo y transformar la caverna en laboratorio. Con tres ó cuatro piedras anchas vaciadas á modo de embudo, que terminaba en estrecha hendidura, hizo la casualidad una especie de soplete informe, más poderoso que los fuelles de fragua antiguos y grandes, que tenían catorce pies de longitud, y que expelían á cada resoplido noventa y ocho mil pulgadas de aire. El fuelle de la fragua de Gilliatt era más enérgico aun, porque las proporciones del huracán son incalculables. Este exceso de fuerza era perjudicial, porque es muy difícil regular semejante soplo.

La caverna ofrecía dos inconvenientes; el aire la atravesaba de parte á parte y el agua también; pero esta agua no la producía el oleaje del mar, sino un arroyuelo perpétuo, semejante á una filtración más que á un torrente.

La espuma, que la resaca arrojaba sin cesar contra el escollo, á veces hasta una elevación de más de cien pies, acabó por llenar de agua del mar un depósito natural situado en las rocas más altas que dominaban la excavación. El agua sobrante del depósito formaba en la escarpadura una cascada, que caía desde una altura de cuatro á cinco toesas y que aumentaba con el contingente de la lluvia. De vez en cuando, pasando una nube vertía su chaparrón en aquel charco inagotable y siempre desbordado. El agua era salobre y no potable, pero limpia. La cascada se perdía por las extremidades de las confervas.

Gilliatt se propuso aprovecharse de dicha agua para disciplinar el viento. Con un embudo de dos ó tres cañones de tablas ajustadas, uno de ellos con espita; con un pozal ancho para depósito interior, sin apoyo y sin contrapesos, completando el aparato con una lengüeta arriba y tres respiraderos abajo, Gilliatt, que era herrero y mecánico, llegó á componer, para que le sirviera de fuelle de fragua, una máquina menos perfecta que la que hoy se llama en Francia *ca-guiardelle*, pero menos rudimentaria que la que en aquellos tiempos en los Pirineos se llamaba trompa.

Con la harina de centeno hizo engru-

do y con pedazos de cuerda estopa. Con la estopa y con el engrudo y con algunas cuñas de madera tapó todas las hendiduras de la roca, dejando solo un pico de aire formado con un trozo de espoleta que halló en la *Duranda*, y que en ella servía de botafuego al pedrero de avisos. Este pico lo dirigió horizontalmente á una ancha losa, en la que colocó el fogón de la fragua. Hizo un tapon de un pedazo de cable, para cerrar el pico en caso necesario.

En seguida Gilliatt llenó el fogón de carbon y de madera, golpeó con el eslabón la misma roca, hizo caer las chispas sobre un puñado de estopa, que ardió, y con ella encendió la leña y el carbon.

Ensayó el fuelle, que se portó bien.

Gilliatt, dueño del aire, del agua y del fuego, sentía orgullo de ciclone.

Dueño del aire, porque dotó al viento de una especie de pulmon, construyó en el granito un aparato respiratorio y convirtió la cueva en fuelle. Dueño del agua, porque de una cascada insignificante hizo una trompa. Dueño del fuego, porque de un peñasco inundado consiguió que brotasen llamas.

Como estaba la excavación, casi en todas partes, á cielo abierto, el humo se escapaba libremente, ennegreciendo el acantilado. Aquellas rocas, que parecían formadas para no conocer más que la espuma, conocieron el hollín.

Gilliatt construyó un yunque de un guijarro grande y denso, que presentaba casi la forma y la dimensión que él apetecía. Era una bigornia muy peligrosa, porque podía romperse. Uno de sus extremos, redondeado y puntiagudo al fin, podía hacer las veces de verdadera bigornia conoidea, pero le faltaba la bigornia piramidal. Gilliatt no poseía, pues, más que el antiguo yunque de piedra de los trogloditas. Su superficie, que habían bruñido las olas, tenía casi la dureza del acero.

Sintió no haberse traído su yunque, pero ignoraba que la tempestad hubiese cortado en dos á la *Duranda*, y creía encontrar en ella el cajón de carpintería con todas las herramientas en la parte de proa de la sentina, y precisamente era la proa del buque lo que las olas se habían llevado.

Las dos excavaciones que Gilliatt practicó en el escollo estaban muy próximas. El almacén y la herrería se comunicaban.

Todas las tardes al anochecer, cuando

Gilliatt terminaba el trabajo del día, cenaba un pedazo de galleta mojada en agua, un esquino, un cangrejo ó unos cuantos caracoles marítimos, que era la única caza posible en aquellas rocas, y tiritando de frío subía por la cuerda de nudos á acostarse en su agujero de la Douvre mayor.

La materialidad de las ocupaciones de Gilliatt aumentaba la abstracción en que vivía. La realidad tomada á grandes dosis azora. El trabajo corporal con sus innumerables detalles no disminuía el asombro que le causaba á Gilliatt el encontrarse allí y ocuparse en lo que se ocupaba. Ordinariamente el cansancio material es como un hilo que tira hácia la tierra; pero la singularidad misma del trabajo que emprendió le mantenía en una especie de región ideal y crepuscular. Le parecía algunas veces que daba martillazos á las nubes; otras veces se le figuraba que sus herramientas eran armas de combate. Cruzar cables, sacar filástica de una vela, apuntalar albitanas, era construir máquinas de guerra. Los muchos y minuciosos cuidados que requería aquel salvamento acababan por parecerse á precauciones tomadas contra agresiones inteligentes y poco disimuladas. Gilliatt no conocía las palabras que expresan las ideas, pero percibía las ideas. Cada momento creía ser menos operario y más batallador.

Tenia ante él y á su alrededor, hasta perderse de vista, el inmenso sueño del trabajo perdido, y nada turba tanto como el ver maniobrar en lo insondable y en lo ilimitado la difusión de fuerzas. Ver siempre el espacio en movimiento, el agua infatigable, las nubes que parecen asustadas, todo ese vasto esfuerzo de la creación constituye un verdadero problema. ¿Para qué sirve ese temblor perpétuo? ¿Qué constituyen esas ráfagas? ¿Qué edifican esos sacudimientos? ¿Qué crean esos choques, esos sollozos y esos aullidos? ¿En qué se ocupa todo ese tumulto? El flujo y reflujo de estas cuestiones es eterno como la marea. Gilliatt sabía lo que hacía; pero no acertaba á explicarse el enigma de la agitación de la extensión que le rodeaba. Sin saberlo, mecánica, imperiosamente, por presión y por penetración, sin más resultado que el deslumbramiento inconsciente y casi feroz, asociaba á su propio trabajo el trabajo prodigioso é inútil del mar. Encontrándose frente á frente con la naturaleza, ¿cómo no sufrir y sondear el misterio de la ola imponente y laboriosa? ¿Cómo

no meditar, en la medida que es posible, en la vacilación del oleaje, en el encarnizamiento de la espuma, en los gritos insensatos de los cuatro vientos? Aterra el pensamiento ese perpétuo volver á comenzar, que el Océano sea pozo sin fondo, que las nubes sean el tonel de las Danaides, que se emplee tanto trabajo para nada; pero para nada no. ¡Tú solo, oh Desconocido, tú solo sabes para qué!

A. Gantú Jarruqui  
Desubrimento.

Los escollos que están próximos á la costa, algunas veces reciben la visita del hombre; pero los escollos que están en alta mar, nunca. Para qué ir allí? Esos escollos no constituyen una isla; en ellos no puede haber refresco de víveres, ni hay árboles frutales, ni pastos, ni ganados, ni manantiales de agua dulce. Son un yermo en una soledad. Son peñascos con escarpaduras fuera del agua y bajos dentro. Allí solo se encuentra el naufragio.

Esta especie de escollos, que la antigua lengua marítima llamaba *aislados*, son sitios extraños. En ellos impera el mar en absoluto, sin que le aterre ninguna aparición terrestre. El hombre asusta al mar; éste desconfía de él y le oculta lo que es y lo que hace. En el escollo, el mar está tranquilo, porque el hombre no vá á buscarle allí, y nada perturba el monólogo de las olas. El mar trabaja en el escollo, repara sus averías, aguza sus puntas, lo eriza, lo mantiene en buen estado. Emprende la abertura del peñasco, desagra la tierra tierna, descortezza la piedra dura, despega la carne, deja la osamenta, escarba, canaliza, llena el escollo de celdillas, imitando en gran escala á la esponja; ahueca el interior, esculpe el exterior. En la montaña secreta, que le pertenece, forma antros, erige santuarios, levanta palacios; tiene vejetación disforme y espléndida, que se compone de yerbas flotantes que muerden y de monstruos que echan raíces, y sepulta bajo la sombra del agua esta terrible magnificencia. En el escollo aislado nadie vigila al mar, nadie le espía, nadie le estorba; puede desenvolverse con libertad su parte misteriosa, que es inaccesible al hombre. En ella deposita sus secreciones vivientes y horrorosas. Todo lo ignorado del mar está allí.

Son verdaderas construcciones los pro-

monterios, los cabos, los finisterres, los bancos, las rompientes y los arrecifes. La formación geológica es insignificante comparada con la formación oceánica. En las construcciones marítimas, que son multiformes, lo fortuito parece hecho expreso. Tienen la trabazón del polípero, la sublimidad de la catedral, la extravagancia de la pagoda, la amplitud de la montaña, la delicadeza de la joya, el horror del sepulcro. Tienen alvéolos como un avispero, guaridas como una casa de fieras, túneles como una tapinera, calabozos como un castillo antiguo, emboscadas como campamentos. Tienen puertas, pero barreadas; columnas, pero truncadas; torres, pero inclinadas; puentes, pero rotos. Sus compartimientos son inexorables; unos solo son para los pájaros, otros solo para los peces. No hay allí vivienda para nadie más. Su figura arquitectural se transforma, se desconcierta; afirma y niega la estática; empieza por una arquivolta y acaba por un arquitebe. Una extraordinaria dinámica presenta allí revueltos sus problemas.

Espantosas vertientes amenazan, pero no caen. No se sabe cómo se sostienen aquellas fábricas vertiginosas. En todas partes hay desplomes, faltas de apoyo, lagunas, suspensiones insensatas; no podemos comprender la ley por que se rige semejante babelismo; lo desconocido es un inmenso arquitecto que no calcula nada y todo le sale bien, que coloca las rocas de cualquier modo y compone un monumento monstruo sin lógica, pero que conserva vasto equilibrio. Le dá solidez; más que solidez, eternidad. Al mismo tiempo reina en él el desorden. El tumulto de las olas parece que se haya pasado al granito y que el escollo sea la tempestad petrificada. Conmueve al espíritu ver esa arquitectura salvaje, siempre amenazando ruina y siempre en pie. Todo en ella se ayuda y se contraría; es un combate de líneas, del que resulta un edificio: en él se reconoce la colaboración de los dos querellantes eternos: el Océano y el huracán.

Esta arquitectura tiene sus obras magistrales y terribles. El escollo Douvres es una de ellas. El mar lo construyó y perfeccionó con amor formidable; el agua arisca lo lame: es horrible, traidor, oscuro, lleno de cuevas. Posee un sistema venoso de conductos submarinos, cuyas ramificaciones llegan á profundidades insondables. Muchos de los orificios de ese subterráneo intrincado quedan en

seco en las mareas bajas y se puede entrar en ellos arriesgándose.

Las necesidades del salvamento obligaron á Gilliatt á explorar todas las cuevas del escollo. Todas eran formidables; en todas se reproducía, con las dimensiones exageradas que dá á todo el Océano, el aspecto de matadero y de carnicería que presentaba el espacio intermedio de los dos Douvres. El que no haya visto en excavaciones de este género, en la pared del granito eterno, los espantosos frescos que ofrece la naturaleza, es imposible que forme idea de ellos.

Aquellas grutas feroces son taimadas y no se puede permanecer en ellas mucho tiempo. La marea alta las llena hasta el techo. Abundan en ellas las lapas y los mariscos. Están llenas de morrillos y guijarros pelados, que forman monton en el fondo de las bóvedas. Guijarros había allí que pesaban más de una tonelada; los había de todos tamaños y colores; la mayor parte parecían cuajarones de sangre; algunos, cubiertos de confervas velludas y viscosas, parecían grandes topos verdes que escarbasen el peñasco.

Algunas grutas terminaban de improviso como el fondo de un horno. Otras, como arterias de circulación misteriosa, se prolongaban dentro del peñasco en hendiduras tortuosas y negras. Era las calles del abismo, que se iban estrechando sin cesar hasta que no permitían al hombre pasar por ellas. Con una antorcha encendida se verían oscuridades repugnantes.

Una vez registrando Gilliatt dichas grutas penetró por una de las hendiduras. La hora de la marea era á propósito para atreverse á esa aventurada excursión. Era un día sereno y de sol radiante. No debía temerse que sobreviniera ningún incidente de mar que aumentara el riesgo.

Como acabamos de indicar, dos necesidades impelían á Gilliatt por el camino de las exploraciones: la de buscar para el salvamento destrozos útiles y la de buscar cangrejos y langostas para alimentarse. Los mariscos empezaban á escasearle en los Douvres.

La hendidura era angosta y el paso difícilísimo. Gilliatt veía claridad á la otra parte. Hizo un esfuerzo, se encogió todo lo que pudo y penetró todo lo adelante que le fué posible.

Se hallaba precisamente en el interior del peñasco á cuya punta Clubin lanzó

la *Duranda*. Gilliatt pasaba por debajo de aquella punta. El peñasco, que exteriormente era sólido é inabordable, estaba vacío por dentro. Contenia galerías, pozos y aposentos, como la tumba de un rey de Egipto. Era entre aquellos dédalos una de las escabrosidades más complicadas. Las encrucijadas de aquel subterráneo debajo del mar quizá se comunicaban por varias salidas con el agua inmensa exterior, las unas abiertas al nivel de las olas y las otras formando embudos invisibles. Muy cerca de allí Clubin se arrojó al mar, pero Gilliatt no lo sabía.

Gilliatt, en aquella hendidura, serpenteaba, trepaba, tropezaba con la frente, se agachaba, se enderezaba, perdía el pié, volvía á tocar la tierra y avanzaba penosamente. Poco á poco la hendidura se ensanchó, brilló tibia claridad, y Gilliatt entró de pronto en una caverna extraordinaria.

## XII.

El interior de un edificio bajo el mar.

Distinguió aquella claridad oportunamente.

Pocos pasos más que hubiera dado Gilliatt hubiera caído dentro de un agua tal vez sin fondo. El agua de esas cavernas es tan fría, que con frecuencia paraliza á los más fuertes y hábiles nadadores. Además, el que allí hubiera caído no hubiera podido trepar á las escarpaduras que le rodeaban.

Gilliatt se paró. La hendidura por donde acababa de salir conducía á un corredor estrecho y viscoso, que era una especie de repisa en la pared cortada á pico. Gilliatt se arrimó de espaldas á la pared y se quedó contemplando.

Se encontraba en una gruta espaciosa. Tenía encima de él algo parecido á la parte inferior de un cráneo descomunal que estuviese recientemente disecado. Las nervosidades que goteaban de las estrías del peñasco imitaban en la bóveda los cruzamientos de fibras y las suturas dentelladas de una caja ósea. La gruta tenía por techo la piedra, por suelo el agua. La gruta estaba cerrada por todas partes; no se veía allí ni un respiradero, ni un tragaluz, ni una brecha en el muro, ni una rendija en la bóveda. Todo se iluminaba por bajo al través del agua. Había allí no sé qué resplandor tenebroso.

Gilliatt, cuyas pupilas se habían dila-

tado durante el trayecto oscuro del corredor, todo lo veía claro en aquella semiluz.

Conocía, por haberlas visitado, las grutas de Pleyntmont en Jersey, el Creux-Maille en Guernesey, las Bontiques en Serk, pero ninguno de estos maravillosos antros podía compararse con el aposento subterráneo y submarino en que acababa de penetrar. Gilliatt estaba contemplando bajo las olas una especie de arco anegado. Este arco, que era una ojiva natural fabricada por el oleaje, era resplandeciente entre sus dos piés derechos, profundos y negros. Por aquel pórtico sumergido en el agua entraba en la caverna la claridad de alta mar, extraña claridad, que se debía á un engullimiento. Dicho resplandor se ensanchaba como un abanico enorme debajo del agua y se reflejaba en el peñasco. Sus rayos rectilíneos, cortados en cintas rectas sobre la opacidad del fondo, se aclaraban ó se oscurecían desde una fragosidad á otra, imitando las interposiciones de varios cristales. Había luz en la gruta, pero desconocida; una luz que no tenía nada de común con la claridad que vemos habitualmente. Gilliatt podía muy bien creer que había saltado á otro planeta. Aquella luz era un enigma; parecía el resplandor verdégay de la pupila de una esfinge. La caverna tenía la figura de una cabeza de muerto desmesurada y espléndida vista por dentro; la bóveda era el cráneo y el arco la boca; solo le faltaban los agujeros de los ojos. Aquella boca, que tragaba y vomitaba el flujo y el reflujo y que se abría al pleno medio día exterior, bebía la luz y vomitaba la amargura. Esto es lo que hacen algunos seres inteligentes y perversos. El rayo del sol, atravesando el pórtico destruido por la densidad vítrea del agua del mar, se trocaba en verde como un rayo de Aldebarán. El agua que se bañaba en aquella luz mojada parecía ser de esmeralda derretida. Ligera capa de alga marina, de delicadeza inaudita, teñía suavemente toda la caverna. La bóveda, con sus lóbulos casi cerebrales y sus ramificaciones trepadoras, semejantes á expansiones de nervios, se teñía de reflejo dorado. Los visos de las olas, reverberando en el techo, se descomponían y se recomponían en él sin cesar, ensanchando y estrechando sus mallas de oro con el movimiento de danza misteriosa. Causaba impresion espectral, y el espíritu se preguntaba qué presa ó qué

esperanza hacia tan alegre aquella magnífica red de fuego vivo. De los relieves de la bóveda y de las asperezas de la roca pendían vejetaciones largas y finas, que sin duda bañaban sus raíces por entre el granito en algún depósito de agua superior, y desgranaban una tras otra de sus extremos una gota de agua, una perla. Estas perlas caían en el abismo, produciendo grato y suave ruido. El pasmo que producía aquel conjunto era indecible. No puede imaginarse nada tan delicioso ni tan lúgubre al mismo tiempo.

## XIII.

Lo que se ve allí y lo que se entrevé.

La palpitation del mar se sentía en aquella gruta. La oscilacion exterior se hinchaba y deprimía despues el caudal del agua interior con la regularidad de una respiracion, como si existiese un alma misteriosa tras del inmenso diafragma verde, que se elevaba y se bajaba silenciosamente.

El agua era singularmente límpida, y Gilliatt distinguía, á través de ella y á diferentes profundidades, playas sumergidas y superficies de rocas salientes de un verde más ó menos oscuro.

A los dos lados del pórtico submarino, esbozos de arcos de bóveda rebajados, sumidos en las tinieblas, indicaban otras grutas pequeñas, apéndices de la caverna central, y que tal vez serian accesibles durante las mareas bajas.

Dichas escabrosidades presentaban techos en plano inclinado y con ángulos más ó menos abiertos. Pequeñas y estrechas playas, que se quedaban al descubierto al retirarse las olas, se hundían y se perdían debajo de aquellas oblicuidades.

Aquí y allá, yerbas de más de una toesa de altura ondulaban bajo el agua, balanceándose. Entreveíanse allí bosques de fucos.

Fuera y dentro del agua, todas las paredes de la gruta, de arriba á abajo, se tapizaban con las prodigiosas eflorescencias del Océano, que rara vez ven los ojos del hombre y que los antiguos navegantes españoles llamaban *praderas del mar*. Musgo muy lozano, que tenía todos los tonos del color del olivo, ocultaba y amplificaba las exostosis del granito.

Bajo todas las vejetaciones se oculta-

ban y al mismo tiempo se dejaban adivinar las más raras alhajas de la joyería del Océano, eburnos, estrombos, mitros, cascos, púrpuras, bocinas, estrutiolarios y turrienlos. Las lepadas, semejantes á chozas microscópicas, se adherían por todas partes á las rocas y se agrupaban formando aldeas, en cuyas calles se arastraban los oscabrones, que son los escarabajos del mar. Allí tambien se refugiaban las almejas. El amontonamiento centelleante de las conchas formaba debajo de las olas, en algunos puntos, inefables irradiaciones, á través de las que se vislumbraban alfombras de lapislázuli de nácar y oro, con todos los matices que les comunicaba la luz al descomponerse en el agua.

En la pared de la gruta, poco más arriba de la línea de flotacion de la marea, una planta magnífica y singular se adhería como un bordado á la tapicería de ova y la continuaba y la concluía. Las florecillas en el agua parecía que se inflamaban y tomaban el aspecto de brasas azules. Fuera del agua eran flores y dentro del agua zafiros, de modo que las olas, cuando subían é inundaban el basamento de la gruta, vestido de tan extrañas plantas, parecía que cubrían las rocas de carbunclos.

Una de las maravillas de la gruta era la roca, que tan pronto era pared como arco, tan pronto estrave como pilastra. Se presentaba en algunos puntos salvaje y escueta y en otros con delicadas cinceladuras naturales. Había allí paño de pared que, cortado en cuadro y cubierto con redondas jorobas, puestas en actitudes especiales, figuraba un vago bajo-relieve, y ante aquella nebulosa escultura pensábamos en el Proteo bosquejado por Miguel Angel. Parecía que dando unos cuantos martillazos pudo acabar el génio lo que empezó el gigante. En otros puntos la roca era adamascada como un broquel sarraceno ó anieblada como un capacete florentino. Había cuarterones que parecían de bronce de Corinto, arabescos como en una puerta de mezquita, y como en una piedra rúnica huellas de uñas oscuras é improbables. Plantas de tallos torcidos como tirabuzones, entrecruzándose en las doraduras del líquen, cubrían las paredes de filigranas. Aquel antro era complicado como una Alhambra; era el encuentro del salvajismo y de la joyería en la construcción de la augusta y disforme arquitectura del acaso. Los magníficos musgos del mar aterciopelaban los ángulos del granito. Las

escarpaduras se festoneaban de enredaderas de flores grandes. La sorprendente luz edénica que subía de bajo del agua, que era á la vez penumbra marítima y resplandor de paraíso, prestaba á todos los lineamientos una especie de difusión visionaria. Cada ola era un prisma. Los contornos, entre aquellas ondulaciones del color del iris, presentaban el cromatismo de los lentes demasiado convexos; espectros solares flotaban debajo del agua. Parecía que se torcían en aquella diafanidad de aurora pedazos de arco-iris anegados. En algunas partes reflejaba en el agua cierta claridad de luna. Era perturbador y enigmático tal fausto en una caverna que parecía encantada. La vegetación fantástica y la estratificación informe se pusieron de acuerdo para producir la armonía. Aquel maridaje de cosas feroces era feliz. Las ramificaciones trepaban como para acariciarse. Pilares macizos tenían por capiteles delicadas y temblorosas guirnaldas que recordaban á la imaginación los dedos de las hadas haciendo cosquillas á los pies de un gigante, y la roca sostenía la planta, y la planta abrazaba á la roca con cariño monstruoso.

Resultaba de tantas deformidades, misteriosamente asociadas, cierta belleza soberana. Las obras de la naturaleza, supremas como las del ingenio, contienen algo absoluto, y se imponen. Lo inesperado de ellas sorprende al espíritu, porque le entusiasma su premeditación, que está fuera del alcance del hombre, y cuando más le fascinan, es cuando hacen brotar súbitamente lo exquisito de lo terrible.

Dicha gruta desconocida estaba, por decirlo así, sideralizada, si esta expresión se nos permite. Se experimentaba en ella todo lo que el asombro tiene de imprevisible. Llenaba aquella cripta una luz de Apocalipsis. No estaba uno seguro de que aquello existiese. Aquello era una realidad marcada con el sello de lo imposible. El hombre la contemplaba, estaba dentro de ella, y difícilmente creía en su existencia.

¿Era la luz diurna lo que entraba por aquella ventana abierta bajo el mar? ¿Era agua salobre lo que temblaba dentro de aquella cueva oscura? Aquellos arcos, aquellos pórticos, ¿no eran nubes celestiales que tomaban la forma de una caverna? ¿Las piedras, las rocas donde asentamos los pies, no se desgregarán y se convertirán en humo? ¿Qué era aquella joyería de conchas que se vislumbraba?

¿A qué distancia estaba allí el hombre de la vida, de la tierra y de los demás hombres? Causaba esa cripta conmoción inaudita, sagrada casi, á la que se añadía la dulce quietud de las yerbas que brillaban en el fondo del agua.

En la extremidad de la gruta, que era oblonga, debajo de una arquivolta ciclópea, detrás de una sábana de claridad verde, interpuesta como un velo de un templo, se divisaba fuera del oleaje un enorme pedrusco cuadrado que tenía el aspecto de un altar. El agua le cercaba por todas partes. Parecía que una diosa acababa de descender de él. Ante aquella cripta, ante aquel altar, la imaginación soñaba en alguna figura celestial, desnuda y pensativa, que la entrada de un hombre obligara á eclipsarse. Era inconcebible aquella augusta celda sin que la ocupara una visión; la aparición que evocaba el delirio se la trazaba él mismo; ideaba un arroyo de luz casta iluminando hombros apenas entrevistos, una frente bañada por la luz del alba, un óvalo de rostro olímpico, redondeces de senos misteriosos, brazos púdicos, cbellera suelta, caderas modeladas bajo de una sagrada bruma, formas de ninfa, mirada de virgen, Venus saliendo del mar, Eva saliendo del caos. Era inverosímil que no hubiese allí un fantasma. Quizá se encontrara momentos antes en aquel altar una mujer enteramente desnuda y brillando como un astro. Sobre el pedestal, del que emanaba éxtasis indecible, era preciso imaginar una blancura viviente y en pie. El espíritu se representaba recibiendo la adoración muda de la caverna una Anfítrite, una Tetis, una Diana á quien poder amar, una estatua de lo ideal hecha de rayos y que mirase la sombra con dulzura. Ella fué la que al marcharse dejó en la caverna aquella claridad, especie de perfume-luz emanado de su cuerpo-estrella. El deslumbramiento que produjo el fantasma había pasado; no se veía ya aquel modelo de perfección creado solo para que lo vea el invisible, pero se le sentía al experimentar un temblor parecido á una voluptuosidad. La diosa estaba ausente, pero estaba presente la divinidad, que es la que constituía la belleza de aquel centro. Por aquella deidad, por aquella hada, por aquella reina de los céfiros, por aquella gracia brotada de las olas, el subterráneo estaba religiosamente amurallado, con la idea de que nada pudiese turbar nunca alrededor del fantasma divino la oscuridad, que es un

respeto, y el silencio, que es una majestad.

Gilliatt, que era un visionario de la naturaleza, dejaba descarriar su imaginación profundamente conmovido.

Repentinamente, debajo de él, en la transparencia límpida de aquella agua, que parecía una pedrería desleída, divisó un objeto extraño y repulsivo. La oscilación de las olas hacia mover una especie de harapo largo: el harapo no flotaba, bogaba; se dirigía á alguna parte; avanzaba con rapidez. El guiñapo tenía la forma de una muñeca como las que llevaban los bufones sobre un palitroque; todo él parecía cubierto de un polvo que no podía mojarse. Más que horrible, era asqueroso. Parecía dirigirse á la parte más oscura de la gruta para sumergirse en el fondo. A su alrededor se oscurecían las capas de agua. Aquella silueta siniestra se deslizó y desapareció.

## LIBRO SEGUNDO.

### El trabajo.

#### I.

Recurso del que le falta todo.

La entrada en la gruta era fácil, pero la salida muy difícil. Gilliatt con muchísimo trabajo pudo sortear todos los obstáculos y salió; pero no volvió á visitar aquella maravilla, porque no encontró allí nada de lo que buscaba y no le quedaba tiempo para ser curioso.

Inmediatamente hizo funcionar la fragua. Carecía de herramientas y se las fabricó.

Le servían de combustible los despojos del buque naufragado, de motor el agua, de fuelle el viento, de yunque una piedra, de arte su instinto y de poder su voluntad. Se dedicó á trabajar con ahinco.

El tiempo parecía que quería complacerle; continuaba siendo seco y poco equinoccial. Llegó el mes de Marzo; los días iban siendo más largos. El azul del cielo, la vasta suavidad de los movimientos de la extensión, la serenidad de la atmósfera parecían no abrigar malas intenciones.

Hacia poco viento, pero muy suficien-

te para que el fuelle hidráulico trabajase sin cesar.

Gilliatt tenía una sierra y se construyó una lima. Con la sierra atacó la madera y con la lima atacó el metal; después se proveyó de las dos manos de hierro del herrero, de las tenazas y de los alicates; las tenazas sujetan, los alicates cogen. Las herramientas son un organismo. Gilliatt se iba proporcionando poco á poco auxiliares y completaba su armería.

Uno de sus principales cuidados fué el de escoger y reparar las poleas. Puso en estado de servicio las roldanas de los motores. Para las necesidades del taller tenía, como dijimos, muchos tablones almacenados y colocados según su forma, dimensión y calidad. Tenía además reserva de puntos de apoyo y de palancas, para disponer de ellos si los necesitaba en momentos dados.

El que piensa construir una palanca debe proveerse de vigas y motores; pero esto no basta: necesita además cuerdas, y Gilliatt reparó los cables y los calabrotes. Consiguió sacar de las velas destrazadas excelente filástica, con la que hizo bramante, que le sirvió para recomponer los cabos de los rebenques. Como carecía de brea, los cables estaban expuestos á pudrirse y necesitaba usarlos pronto. Después de recomponer las cuerdas recompuso las cadenas.

Gracias á la punta lateral del guijarro que le servía de yunque, pudo forjar eslabones groseros, pero sólidos. Con ellos juntó los extremos de cadenas rotas y las hizo largas. Forjar un hombre solo, sin la ayuda de nadie, es muy difícil; sin embargo, Gilliatt lo consiguió. Verdad es que solo lo hizo con piezas de poco peso, que podía manejar con una mano armada de tenazas, mientras las martilleaba con la otra.

Redujo á pedazos las barras de hierro redondas del buque naufragado, y forjando en una de las extremidades de cada pedazo una punta y en la otra una cabeza chata, hizo clavos largos que tenían cerca de un pie de longitud, y que son útiles para clavarlos en las rocas.

Ya veremos por qué Gilliatt se tomaba tanta molestia.

Tuvo que afilar varias veces el corte del hacha y los dientes de la sierra. También se construyó un triángulo.

Con el auxilio de los alicates y de las tenazas, y sirviéndose de la navaja como de un destornillador, consiguió desmontar las dos ruedas del buque. Esta